

JULIO LEMAITRE

EL DON JUAN INTIMO

Siempre que alguna niña casadera,
víctima de un capricho pernicioso,
hace llorar á la que el ser le diera
para seguir al escogido esposo,

Por muy poco que la haya conocido
y me haya impresionado su hermosura,
aunque sólo una vez me haya tendido
en un salón la mano suave y pura,

No puedo reprimir el sufrimiento
que súbito me roba paz y calma;
celos no son el malestar que siento,
pero ese malestar me oprime el alma.

Y nunca de sus ojos brilladores
el rayo perturbó mi fantasía;
no nos ligaron vínculos de amores;
llamarla infiel y falsa no podría.

.....
Pero hay algo exquisito que fenece,
algo cándido y tierno que se trunca,
algo que no renace ni florece,
y que ella recobrar no podrá nunca;

La luz que arde en sus ojos sin mancilla,
la castidad que su pureza ignora,
algo que pulcro y delicioso brilla
como el fulgor celeste de la Aurora.

Dama será: su serenada frente
no encenderán los tímidos sonrojos;
brillará su beldad más esplendente,
mas perderá su hechizo á nuestros ojos.

Dulce es al labio el fruto sazonado;
pero encierra la flor más grato aroma.
¡Adiós, talle gentil, no profanado!
¡Rostro al que el fuego virginal asoma!

Luto insensato el corazón me inunda
de lo que encanta al vulgo enternecido:
la virgen, presa de nupcial coyunda,
colgada al brazo del novel marido.

La luz radiante, que de alegres modos
brilla feliz en su mirar risueño,
embeleso, hasta ayer, era de todos,
pues no era nadie su señor y dueño.

De ella también, sin intención siniestra,
gocé, cual los demás, embelesado;
hasta ayer era mía y era vuestra,
y á vosotros y á mí nos la han robado.

Un galán, de trivial cortesanía,
ganó su amor y concertó la boda;
y aunque he de confesar que no era mía,
que me la quite así, no me acomoda.

Me usurpa ese fatal desconocido
suerte feliz, que acaso me aguardaba;
el horizonte inmenso ha reducido
donde mi sueño encantador flotaba.

Te compadezco, víctima hechicera
de ese dichoso mozalbete insulso;
yo, mucho mejor que él, te comprendiera,
y te amaría con supremo impulso.

¡Tiernas doncellas, cuya gracia adoro!
Cuando el traje vestís de desposada,
y dais el *si*, vuestro mejor tesoro,
á cualquier boquirrubio que os agrada,

Una dolencia invade el alma mía
que no disfrazan tenebrosos velos...
Aunque yo comprenderlo no quería,
tiene un nombre ese mal, llámase celos.

Sed infinita en ansias borrascosas
al humano deseo agujijonea...
¡Os amo á todas, virgenes hermosas!
¿Es esto una locura? ¡Que lo sea!

Mi pobre corazón, nunca en reposo,
guarda y oculta en su recinto breve
un Don Juan contrariado y temeroso
que quisiera llorar, y no se atreve.